

Después de començarle Hernan Cortés lo que había sucedido:  
—Aguarda á los soldados para començar la marcha.  
Necesitamos algunos de nuestros enemigos de España nos per-  
seguirán sin descanso.

#### CAPÍTULO LXXXIV.

**El ejército se pone en marcha.**



El ejército, perfectamente organizado por su jefe, se puso  
en marcha. Los españoles, guiados por indios concedores del  
terreno, iban delante.

Formaban la retaguardia los indios de Zempoala, mandados  
por tres guerreros de los más distinguidos entre ellos, llamados  
Mamejí, Tamelli y Thenche.

Los tres eran caciques de otras tantas tribus de la Serranía,  
muy acreditados por su valor, muy enemigos de Moctezuma, y  
por lo tanto muy dispuestos á pelear al lado de los españoles.

Los tamenes ó indios de carga más robustos se encargaron  
de conducir la artillería, y los demas el bagaje de los españoles.  
Antes de partir habló de nuevo Hernan Cortés á sus soldados  
Ya veis, les dijo, que es imposible volver atrás.

Es necesario morir ó vencer.

Grandes trabajos nos esperan.

Cada uno de nosotros tiene que luchar contra ciento.

La Providencia nos acompañará y nos duplicará las fuerzas  
para resistir el empuje de nuestros enemigos.

Haciendo todos de necesidad virtud, se mostraron dispues-  
tos á arrostrar toda clase de penalidades.

El ejército se puso en marcha.

En Jalapa, en Socochima y en Texucla fueron objeto de gran  
curiosidad y de no escasas muestras de afecto.

Habia cundido la voz del inmenso poder de aquellos hombres.

La curiosidad por una parte, y por otra la esperanza de que  
los librarian de ser tributarios del emperador Moctezuma, hacia  
á los habitantes de aquella comarca mirar con verdadero cariño  
á los soldados españoles.

Agasajáronlos.

Muchos indios de estas ciudades se unieron al Estado mayor  
de Hernan Cortés.

Las insinuaciones de éste bastaron para quebrantar en gran  
manera la fe que tenían en sus falsos ídolos.

Todo hacia creer que en caso de sufrir una derrota, podrian  
hallar fuerza los conquistadores en aquellos hombres cuya ad-  
miracion despertaban.

Para asegurar más y más su fidelidad, quiso Hernan Cortés  
que los misioneros se quedasen en aquellas ciudades para ilu-  
minar con el resplandor de la fe el caos de la idolatría.

Esto no era posible.

Los misioneros no podian abandonar al ejército, y por otra  
parte, se opusieron á los deseos de Hernan Cortés de dejar en  
cada una de las ciudades que recorrían una cruz para que la ve-  
nerasen los indios en símbolo de la Redencion.

Era muy fácil, en el caso de fijar en sus templos la cruz, que  
hiciesen de ella testigo de los sacrificios que inmolaban en aras  
de los dioses.

Se renunció á la idea, y Hernan Cortés se contentó con sa-  
ber que podia contar con la amistad de aquellas tribus.

Dirigiéndose hácia el Mediodía, encontraron una áspera mon-  
taña.

Estaba completamente desierta.

Las estrechas sendas se hallaban al borde de inmensos preci-  
picios.

Tres dias emplearon en aquel mal paso.

El transporte de la artillería fué en extremo difícil.

No era solo la aspereza de la montaña el obstáculo que tenían que vencer.

Continuos aguaceros, frios glaciales, les atormentaban sin cesar, y las noches fueron horribles para los caminantes.

Lo peor fué que les faltaron víveres.

Hernan Cortés animaba á sus soldados con su ejemplo.

Al fin consiguió llegar con ellos á la cumbre de una montaña.

En ella hallaron un adoratorio completamente desierto.

La desesperacion de los soldados creció de todo punto.

En vano Baltasar de Coria entretenia sus pesares con chascarrillos y cuentos oportunos.

La falta de víveres asustaba á aquellos hombres mucho más que la presencia de un formidable ejército.

Con los primeros rayos del alba descubrieron en la falda de la montaña que se hallaba á sus piés poblaciones muy próximas y valles cubiertos de verdura.

Allí comenzaba el departamento de Zocotlan, provincia dilatada y populosa.

Para que recobraran las fuerzas los soldados, dispuso Hernan Cortés que algunos indios fuesen en nombre suyo á buscar provisiones á los pueblos más próximos.

Volvieron con víveres.

Al dia siguiente comenzó el ejército á bajar la montaña.

Hizo el caudillo que los tres capitanes de los indios, acompañados de algunos de sus soldados, se dirigiesen á la ciudad donde residia el cacique del valle de Zocotlan.

Siguióles el ejército, y no tardaron los que formaban la vanguardia en descubrir una gran poblacion, llena de elevadas torres y de suntuosos edificios.

Uno de los soldados que acompañaban á Hernan Cortés, de nacion portuguesa, comparó aquella poblacion á Castellblanco.

Los españoles adoptaron este nombre provisional para dominarla.

Avanzaron las tropas.

Pronto supieron por los capitanes indios que el cacique de Zocotlan, informado de su llegada, se disponia á salir á recibirlos.

No tardó en cumplir su promesa Olinteth, que así se llamaba el cacique, saliendo al encuentro de los españoles con afectada amistad.

En efecto: la noticia de su llegada no habia sido nada agradable para él.

Pero tenia noticias del poderío de aquellos hombres, y para no irritarlos, quiso cumplir con ellos.

No se ocultó, sin embargo, á Hernan Cortés la frialdad de la acogida.

No faltaron algunos entre los españoles que quisieran castigar aquel desvío.

Hernan Cortés procuró apaciguarlos.

Aceptó el ceremonioso trato que le dispensó Olinteth, y se propuso cuanto ántes confirmar la creencia que tenia de sus fuerzas, para proseguir con más éxito su marcha á México.

## CAPITULO LXXXV.

## Zocotlan.



ZOCOTLAN se diferenciaba mucho de las provincias que anteriormente habian recorrido los españoles.

Allí empezaba á notarse la civilizacion del imperio de México.

Los edificios eran más regulares y más cómodos.

El comercio y la industria tenian alguna vida.

Las calles estaban más deslindadas.

En una palabra, Zocotlan reflejaba algo de la grandiosa idea que se habian formado los españoles de México.

El cacique habitaba en su palacio.

Tenia en torno suyo, como primeros servidores, á sus parientes.

Gran número de criados formaban su cohorte.

Olinteth era un hombre de unos cincuenta años.

Señor de muchos pueblos, que eran los que formaban el valle de Zocotlan, habia logrado, más que por su valor, por su talento, por su tacto para gobernar, ser objeto de la veneracion de todos sus habitantes.

Aunque ajeno por carácter á las luchas del imperio, como era poderoso, Moctezuma habia procurado ponerle de su parte, y en vez de someterle á pagar tributos, en vez de esclavizarle como á los caciques de Zempoala y de Zimpacingo, le habia tratado con consideracion, no le habia pedido más que atencio-

nes amistosas para con sus soldados al atravesar por sus provincias para ir á conquistar las tribus del confin del imperio.

Tenia, pues, Olinteth una gran idea del emperador, y aunque sabia los triunfos alcanzados por los españoles, no se presentó á ellos con la humildad de los caciques de la Serrania.

Por el contrario; trató á Hernan Cortés de igual á igual, y disfrazó el temor con las formas de la etiqueta y de la galanteria.

Despues de hospedar en una de las mejores casas de la ciudad á Hernan Cortés y á sus capitanes, y de dar orden á sus vasallos para que agasajasen á los soldados, al dia siguiente de la llegada de los españoles fué á visitar con toda solemnidad á Hernan Cortés.

Espléndidamente ataviado, seguido de una cohorte numerosa, llegó á la morada del caudillo.

Prevenido como estaba éste de antemano, se presentó tambien á sus ojos con sus mejores galas y acompañado de su Estado Mayor.

Despues de saludarse ambos personajes, quiso explorar Hernan Cortés el ánimo del cacique, y para ver si era tambien enemigo de Moctezuma, le habló de de esta manera:

—¿Sois súbdito del emperador de México?

—¿Hay alguno, por ventura, en la tierra que no sea esclavo de Moctezuma? contestó vivamente Olinteth.

Al pronto se indignó el caudillo español.

Pero para dominarse, añadió con gran calma:

—Poco sabeis del mundo, toda vez que ignorais que todos cuantos me acompañan y yo somos vasallos de un rey muy poderoso, de quien son súbditos personajes más ilustres que el mismo Moctezuma.

Tambien Olinteth supo dominarse.

—No tengo motivo para dudar de vuestro poder, exclamó. Pero permitidme al ménos creer que Moctezuma es el príncipe

más poderoso de cuantos Estados conocemos los que aquí vivimos.

No hay, no puede haber un monarca que impere en mayor número de provincias.

No hay, no puede haber un soberano que viva en una sociedad más grandiosa que la que habita Moctezuma.

Cuanto de fastuoso puede ofrecerse al deseo del hombre, allí se encierra.

No hay, riquezas comparables á las que él posee.

No hay, monarca, ni puede haberle, que disponga de ejércitos más numerosos que los suyos.

No hay pueblos más desgraciados que los que no le acatan y veneran; porque es tan grande su poder, que los rebeldes, no solo no disfrutan de los beneficios que dispensa á sus vasallos, sino que cada día son inmolados en aras de sus dioses.

¿Qué dominio no ejercerá en el mundo, cuando no hay año que no perezcan veinte mil esclavos á los piés de sus ídolos?

El caudillo dejó dibujar en su rostro una sonrisa.

—Por todas esas causas, respondió, es inferior, muy inferior, á cualquiera de los reyes del mundo en donde nosotros hemos nacido, y de donde venimos.

No ignoro las grandezas del imperio ni las maravilas de la ciudad en donde habita Moctezuma; y bien podeis creer que si no tuviera á mis ojos la importancia que tiene, ni yo ni mis soldados habríamos venido de luengas tierras á buscar amistad; porque tenedlo entendido: no es el deseo de arrebatarle sus riquezas el que aquí nos trae.

Tenemos una mision mucho más grande que cumplir.

Venimos en nombre de la paz; pero no quiere decir esto que temamos la guerra.

El más insignificante de mis soldados bastaria para contrastar el empuje de un ejército de Moctezuma.

Así pues, sin provocacion de vuestro monarca no haré nunca armas contra él.

Pero si por acaso no comprendiese los buenos deseos que nos animan, si tratase de rechazar la amistad que vengo á ofrecerle, la destruccion de toda su grandeza seria obra de un solo instante.

Todos cuantos obstáculos opusiera á misdesignios desaparecerian ante la fuerza de voluntad de mis guerreros.

El cielo me ayudaria con sus rayos, porque sabedlo de una vez para siempre: vengo á borrar vuestra nefanda religion.

Vengo á poner término á esos horribles sacrificios que haceis en aras de vuestros dioses; esos sacrificios de que hablais como si fueran un timbre de grandeza.

Solo á este precio obtendrá Moctezuma la amistad de mi rey y mi apoyo.

Olinteth no se atrevió á replicar.

La energía con que hablaba Hernan Cortés, le hizo comprender que provocaria una guerra sangrienta cualquiera protesta de su parte.

Se retiró humildemente, y cuando Hernan Cortés estuvo solo con sus capitanes y soldados:

—No temais, dijo, aunque encontremos á nuestro paso caciques poderosos que como el de esta ciudad sean partidarios de Moctezuma.

Lo que nosotros buscamos son dificultades y riquezas.

Venciendo obstáculos se adquiere fama.

De las riquezas viene la fortuna.

Estas palabras infundieron aliento á los españoles, y la actitud que todos tomaron intimidó al intérprete y á sus vasallos.

El cacique varió por completo de aspecto.

Agasajó á los españoles, y procurando rehuir toda conversacion sobre Moctezuma, aspiró á presentarse como neutral en aquella cuestion á los ojos de Hernan Cortés.

Para él, aquellos hombres, que á pesar de lo que habian oido decir de Moctezuma, se atrevian á desafiar sus iras, eran séres sobrenaturales.

Por otra parte, el desprecio que hacian de los dioses de los indios les amedrento más, y si no amigo de corazon, no tardó en hacerse amigo en la apariencia de aquellos hombres.

Los soldados del caudillo eran objeto de gran curiosidad.

Sus armas, sus tropas, los caballos que llevaban, la facilidad y la energía con que los manejaban, la repugnancia que demostraban hácia los sacrificios humanos, todo aquello hacia creer á los indios de Zocotlan que los españoles eran hombres superiores á los de su raza.

Cinco dias permanecieron en Zocotlan los españoles.

Olinteth les ofreció ántes de partir cuatro esclavos para que amasasen el pan de cazabe que habia de servir á la mantencion de los españoles.

Ademas, puso á sus órdenes veinte indios, hijos de las más nobles familias de la ciudad, para que guiaran al ejército.

Cortés, que no queria perder fuerza luchando con aquel caéique, para mostrarse más amigo suyo, le consultó sobre el camino que debería seguir.

Dos eran los que podian abrirle paso á la capital de México.

El uno conducia á la provincia de Cholula.

El otro á la de Tlaxcala.

Olinteth aconsejó á Hernan Cortés que eligiese el primero.

Cholula es una ciudad pacífica.

Los habitantes son en su mayor parte mercaderes, y os agasajarán seguramente.

Tlaxcala es una provincia Belicosa: siempre está en guerra.

Sus habitantes son muy sanguinarios, y de seguro os obligarán á pelear con ellos.

Los jefes indios de la retaguardia del ejército manifestaron á Hernan Cortés que no debia servir el consejo de Olinteth.

Los de Tlaxcala estaban unidos por lazos de amistad y de intereses con los zempoales y totonaques.

Indómitos por carácter, se hallaban en guerra continuamente con Moctezuma, y podian fiarse mejor de ellos que de los de Cholula.

Hernan Cortés consultó á Marina, y ésta creyó el consejo provechoso.

Entónces el caudillo se despidió de Olinteth.

—Me habeis asegurado, le dijo, que en Tlaxcala puedo encontrar peligros que vencer, y como los peligros no me intimidan, elijo ese camino.

El ejército se puso en marcha hácia Tlaxcala.